

EL MUSEO DESLUMBRANTE

Escribe: FERNANDO ARBELAEZ

IV

He leído que los griegos no pueden ver el Partenón, los griegos de Atenas, naturalmente. Xifludas me dijo: "Cuándo se ha saltado en la cuerda frente a él es imposible verlo, felices ustedes que lo pueden descubrir". Pero este es un fenómeno normal; siempre sucede lo mismo, nosotros, por ejemplo, no podemos ver el Ande: es necesario que vengan los extranjeros para que se enamoren de aquellas inmensas cumbres azules. Las tenemos tan dentro; que hay que estar muy lejos para recordarlas; para que su ausencia se convierta en una angustia que se llega a experimentar casi dolorosamente. Así debe ser para el ateniense en el exilio el recuerdo de su Acrópolis. Mas para el viajero que acaba de hacer su descubrimiento, la vista es cada vez más atractiva, no solo por el placer que ella produce, sino porque ofrece la oportunidad de conocer la reacción que en algunos seres humanos produce la visión de las venerables columnas. Por lo visto al Partenón y a sus alrededores se va a sentir *algo*.

La segunda vez que estuve en la Acrópolis, me instalé en el Filoppapus, un pequeño monte que hay en frente, para contemplarla. Es una elevación de piedra un poco difícil y escarpada. Los turistas que llegan hasta este lugar se ven rodeados de niños que venden almendras y que también hablan todos los idiomas, más como este comercio no lo permite la policía de turismo, están en todo momento con la preocupación de que los vayan a sorprender. Cuando yo ascendía con cierto trabajo, iba seguido a poca distancia por dos hombres de edad un tanto avanzada, que subían muy ágilmente las difíciles escalinatas. Ambos eran portadores de los instrumentos fotográficos indispensables para una fructífera visita.

Cada uno posó para el otro en actitud cogitabunda mirando hacia la Acrópolis, pero esto no paró con la toma de los filmes correspondientes, sino que continuó cada cual por su lado. Uno, se llevaba las manos a la cabeza y miraba el infinito con avidez impresionante, el otro, sentado en una piedra, con el potente mentón apoyado sobre la palma de la mano derecha y con el codo descansado en la rodilla, cerraba los ojos unas veces, o miraba como escrutando a través de una niebla el misterio milenar depositado sobre la gran colina. Yo los miraba de reojo, mientras los niños vendedores disturbaban sus profundas meditaciones con los imperti-

nentes ofrecimientos. El que caminaba podía esquivarlos más o menos fácilmente, pero el que estaba sentado, no tuvo otro remedio que estallar lleno de furia con un delicado inglés de nuestro hemisferio. "Déjeme solo que estoy pensando! Estoy pensando, entienden!". Los niños nada comprendieron, pero yo si me di cuenta de que algo estaba cambiando en el mundo del espíritu. Cuando me alejé los dos contemplativos meditaban inmensamente, como esperando recibir un mensaje cifrado para ellos en aquella piedra que perdura.

Me dirigí al teatro de Diónisos que está recostado sobre la Acrópolis. Era la primera vez que visitaba un teatro griego. Convoqué en mi mente todo lo leído sobre los orígenes de la tragedia; reuní todos los datos obtenidos sobre la estructura misma del edificio mientras repetía una por una todas sus partes. Tuve el presentimiento de una especie de temor que no había experimentado al visitar otros lugares. Me parecía que el rito más alto de la inteligencia se había celebrado en esos abiertos edificios que sostienen todo el cielo con sus abanicos de piedra: sagrados recintos, fuera de las convenciones religiosas, que son por sí mismos un milagro tangible, visible que, hasta cierto punto, podía comprender. De un momento a otro tuve la orquesta, el lugar donde antiguamente se congregaba el coro, frente a mis ojos y creo que muy pocas veces en mi vida he experimentado una emoción más profunda. Al frente, el sitio del sacerdote de Diónisos que presidía la ceremonia, y más allá, las escalinatas abrazando la muchedumbre. Después giré lentamente para mirar el destruído escenario, sostenido por el dios que mece todavía sus barbas de mármol en la inmortalidad impasible.

Pensé por un momento que estaba solo, en medio de aquel silencio hecho añicos por el ruido de la calle cercana, y traté en vano de reconstruir escenas de la Tragedia, porque mi atención se detuvo en una mujer que en la parte más alta se paseaba vestida con una sencilla túnica de lino, y me dije que era una griega por la tez morena y por el aire un tanto dramático de su rostro. Ascendí para pedirle que me tomara una fotografía. El turista disfrazaba al solitario para hacer mi petición.

Con cierta timidez le dirigí mi petición en inglés pero ella hizo un gesto negativo con el rostro; hablé entonces en francés y ella aceptó amablemente. Miró la cámara y tomó las fotos con segura experiencia. Con mis agradecimientos le pregunté por su nacionalidad y me explicó que era brasileña. "Entonces nos podemos entender si hablamos nuestros propios idiomas porque yo hablo español", le dije, y ella se sorprendió encantada. "De España o de Suramérica?" preguntó. "De Colombia, somos vecinos". Evidentemente yo había interrumpido su meditación porque me dijo: "Pero no nos podemos quedar aquí, no es cierto? Siempre hay que dar un paso adelante. El arte no es más que eso, un paso adelante cada vez. Los griegos lo hicieron en su tiempo, dieron un paso gigantesco, un paso de la barbarie anterior y este teatro es testigo de ello. "Tiene usted toda la razón", le respondí. "Es usted escritora?". "No, escultura".

Hubo un espacio de silencio que ella rompió para hacerme caer en la cuenta de una de las características estructurales de este teatro. "Me gusta mucho más que el que está al otro lado, este es más abierto, tiene

una atmósfera más generosa". Miré en rededor y vi que las escalinatas se dilataban en espacios muy amplios, y que una de las razones de su belleza era sin duda alguna esa suavidad en el ascenso de las líneas. "Pero no sé que pensar de todo esto. Los griegos hacían estas cosas porque tenían esclavos". Por un momento no supe responderle, pensé en los hombres que tallaron laboriosamente estas piedras, en el sudor y en la fatiga de la esclavitud, pero pensé también que ese sudor y esas fatigas no han desaparecido de la tierra. "Es verdad, le dije, pero ni Esquilo, ni Sófocles, ni Eurípides tenían esclavos para hacer sus obras, y una cosa correspondía a la otra. La obra del poeta y la obra del arquitecto surgían de un mismo pensamiento y este era el de educar al pueblo griego, lo que yo encuentro muy digno. ¿Ha pensado usted cuántos esclavos se han necesitado para construir las ciudades modernas? Me miró sonriendo: "Sí, todavía hay muchas cosas por cambiar".

Recorrimos las escalinatas y desde la orquesta observó con mucho cuidado las esculturas que sostienen el escenario, miró con ojos que saben medir los espacios y pesar el equilibrio de los volúmenes y volvió sobre su pensamiento anterior. "Todo esto es admirable, es bellissimo, pero cada época exige al artista una expresión de acuerdo con su tiempo. Yo creo que los que hicieron este teatro, nos despreciarían si encontraran que nosotros no habíamos descubierto nuevas perspectivas para construir. Hay que trabajar en un arte nuevo, todo lo que se haga sin este propósito está muerto. Al artista se le exige crear". Asentí sin pronunciar una palabra. Después nos paseamos por el hermoso ámbito.

Eran cerca de las dos de la tarde y le insinué que podíamos ir a almorzar. "Pero no muy lejos. He estado toda la mañana en el Agora y espero pasar la tarde en Partenón". Encontramos un restaurante cercano para obreros, en donde el mozo hablaba un italiano muy fluído; nos confió que había sido marinero y que había viajado por todos los lugares de la tierra. Hablamos de América, del pan que se come en Grecia, de la pintura actual. Al final me mostró algunas fotografías de sus obras. "La mayoría están en Suiza donde resido con mi esposo que es crítico de arte, en mi país hay una, en Brasilia". Cuando terminamos de almorzar abrió una pequeña caja para ofrecerme: "Son golosinas turcas, me encantan".

Mary Viera trabaja en metal y encierra el espacio con largas líneas curvas, que impulsa con audacia como tratando de conquistar una nueva geometría. Admiré respetuosamente su trabajo. Después nos despedimos. "El año entrante pienso hacer una exposición en Lima. ¿Será posible hacerla también en Colombia? Si pasa por Suiza no deje de hacernos una visita en Basilea. Le espero".

Regresé a la ciudad pensando en el viejo teatro griego y en la vehemencia con que Mary me había hablado de los deberes del artista. Mucho rió cuando le conté que los antiguos espectadores griegos iban al teatro provistos de piedras para arrojarlas a los malos actores. "Si, es lo que necesitamos todos, espectadores armados de piedras para que nos lapiden si no hacemos nuestro trabajo debidamente".

Sonrió para mirame muy hondo como si comprendiera, con unos ojos un poco tristes de mujer, de compromiso de huída. Después continuó su camino sin volver la cabeza, Me quedé mirando un largo rato hasta que se perdió en una curva de la avenida.

Casi experimenté un escalofrío cuando recordé sus palabras. Detrás de mí, el teatro con sus innumerables voces muertas, con sus máscaras, con sus lecciones admirables; en frente, la nueva ciudad con sus líneas modernas y el espacio infinito para conquistar nuevas formas. Y más allá, una lluvia de piedras sobre mi cabeza.